

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes.	6 reales.
Por tres id.	16
Por seis id.	32
Por un año.	60

La suscripcion empieza siempre en 1.^o de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
Huertas, 10, principal.

Para todo lo concerniente á la Administracion, dirigirse al Administrador D. Sebastian Casellas y Segura.



PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, directamente en la Administracion. . . 24 reales
Por comisionado. 26
ULTRAMAR Y ESTRANJERO, un año, 6 pesos.
La suscripcion empieza siempre en 1.^o de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se haya recibido en esta Administracion en letra ó sellos de franqueo.

GIL BLAS,

PERIÓDICO POLÍTICO SATÍRICO.

LO INESPERADO.

Dormía yo la siesta el sábado pasado, con la tranquilidad de todo el que no tiene obligaciones.... al portador, cuando se abrió la puerta de mi alcoba, y una voz nada melodiosa vino á turbar los devaneos de mi imaginacion.

En aquel instante me creía ciudadano de un país libre y opulento; meditaba un discurso en defensa del sufragio universal, al que habia debido mi eleccion, y parodiaba para mis adentros aquella tan popular oda:

¡Qué descansada vida
la del que por sus leyes protegido
de aquella edad se olvida
en que le censuraban sin sentido
los muchos necios que en el mundo han sido!

Ya comprenderán mis lectores que soñaba. El despertador encargado de volverme á la existencia real y por lo tanto insoportable para mí, fué un papel en que me anunciaban que GIL BLAS habia sido secuestrado, incluyéndome un documento justificativo. Leí el papel, y comprendí que estaba despierto; leí el documento, y me pareció que seguía soñando; tal era la confusion de sus palabras, que me hizo dudar de la claridad de mi vista. Héle aquí en toda su desnudez ortográfica para gloria del representante de la autoridad que lo firma con un apellido ininteligible.

«Resebido del seño D. Antonio Usai encargado de la libreria calle del Prensipe número 4, cinse números de GIL BLAS de hoy los que me antrego y regogo por orden superior.

Madrid 2 de setiembre de 1865.—El Su Yspetor de Vigilancia.»

Ahora bien: ¿qué creen Vds. que era entonces para mí lo inesperado?

—¿La caída del ministerio?—No señor.

—¿Su reemplazo por otro que presidiera Novaliches en union del conde de San Luis?

—Tampoco.

—¿La desaparicion de los obstáculos tradicionales que para nada sirven y para todo estorban?—Mucho menos.

Lo inesperado, lo inverosímil, era lo que sucedió; lo que podrá sucedernos hoy mismo: ser denunciados.

Confieso mi debilidad; he leído todos los impresos revolucionarios de esta época, desde la correspondencia de Fernando VII con Napoleon hasta el manifiesto de las lamentables equivocaciones; todos los papeles subversivos, desde la *Postdata* hasta el *Murciélagos*; pues bien, el número anterior de GIL BLAS estaba tan distante de todo esto como D. Leopoldo de la idea liberal, y el Padre Claret de Trajanópolis.

No hay que darle vueltas; ó los autores de los párrafos denunciados, ó el fiscal que los denunció, no han sabido lo que se han hecho, y en esta alternativa yo

me resuelvo por creer la culpa del fiscal, cargo que releva al hombre de tener varias cosas, entre ellas la serenidad, primera condicion necesaria en el que censura.

Estamos pues lo mismo que estábamos en tiempo de Narvaez; lo mismo que hubiéramos estado en tiempo de Nocedal, y lo mismo que estaremos hasta que Dios quiera.

Entre el héroe de Andoain y el héroe de Ardoz, no hay mas diferencia que la que va de un bonete á un calañés; de una estaca á un cirio; de un músico á un cantante; de una bala de cañon á una píldora de estrignina. Vestido de bolero ó de sacristan; de miliciano ó de baritono, el personaje es igual en la esencia; es siempre el hombre despreocupado, cuya fórmula de gobierno está compendiada en la frase: *un dia de vida es vida*.

En cuanto á nosotros, creemos tener ya asegurada hasta la vida eterna; y así nos asomamos á ver pasar ministerios como los chicos á ver pasarlos gigantes; si alguna cosa lamentamos, es no ser obispos, y eso por la única razon de que en este país solo ellos tienen el privilegio de decir cuanto se les antoja.

M. del Palacio.

LA VISITA.

(Escena lamentable.)

Un caballero bigotudo, acompañado de una señora muy linda, llaman á la puerta. La puerta no responde, pero se abre y deja ver la interesante figura de un doméstico.

El caballero.—¿Están los señores?

El doméstico.—Sí señor, pero no reciben.

La señora.—¿Pues cómo así?

El doméstico.—La señora está acostada y el señorito está en el oratorio.

El caballero.—Déles Vd. estas tarjetas, y... me alegraré del alivio! (*Hace medio mutis*).

El doméstico.—¡Ah! caballero, Vd. dispense, para Vds. está siempre la señora en casa.

El caballero.—¡Ya decía yo! (*á la señora*) Pasa hija mia, mientras yo me dejo la buena fé en la portería.

La señora.—¡Uf! ¡Qué aspecto de pobreza tiene esta casa! ¿Habrán venido á menos?

Mutacion.

Sala decentemente amueblada; á la derecha un velador, no de costura, sino de madera. En el fondo una puerta que no conduce á ninguna parte, porque se está

quieta. A la izquierda un balcon que no cae á la calle. Una señora y un joven apreciable estarán sentados en un sofá indicando con el gesto que han leído unos versos en vascuence. Esto depende del actor.

El doméstico anuncia la llegada de un caballero y su esposa.

La señora de la casa.—Que pasen.

El joven.—Que pasen.

El señor bigotudo.—(*A su esposa*). Pasemos.

La señora.—(*Aparte*) ¿Qué va á pasar aquí?

Cuarteto.

La señora de la casa.—¡Adios, querida, tanto tiempo sin verte! Tengo mucho gusto...

El joven.—¡Adios, querido, tanto tiempo sin vernos! tengo muchísimo gusto...

El de los bigotes.—¡Acá estamos todos!

La señora de la casa.—¡Picarilla! Tú ya te has olvidado de nosotros! ¡Estás hecha una francesa!

La otra.—¡Ya ves! tanto tiempo en aquel París...

La señora de la casa.—Casi habrás olvidado el castellano...

La otra.—Casi casi. ¿Qué tienes aquí? ¿Periódicos?

La señora de la casa.—Sí.

La otra.—A ver si he olvidado el idioma... pues mira, leo perfectamente estas cartas de los cronistas del viaje...

La señora de la casa.—¡Ya lo creo! Has ido á escoger precisamente lo que no está en castellano.

La otra.—¡Es verdad! ¡Qué cosas tienes!

El joven (al bigotudo).—¿Pensais deteneros mucho aquí?

El bigotudo.—¡Poco! ¡Qué bueno estás ahora! Se conoce que te tratas bien!

El joven.—A cuerpo de rey.

El bigotudo.—En cambio yo estoy tan delicado... no valgo diez y nueve reales.

El joven.—Pues yo daría por estar como tú, diez y nueve millones...

La señora de la casa.—Si los tuviera.

El bigotudo.—¡No hagas la pobre!

El joven.—Efectivamente, chico, estamos mal de dinero.

La esposa del bigotudo.—(Te veo venir).

La señora de la casa.—Entre las suscripciones, los recomendados, las limosnas y unas cosas y otras, nos hemos arruinado. No se puede ser *filántropa*!

La otra señora.—¡Qué bonito traje llevas!

La señora de la casa.—Poca cosa, hija. Cuarenta y dos mil reales.

El joven.—Pues sí, chico, nos hemos quedado por puertas. Yo me metí en un negocio y...

El bigotudo.—¿Algun negocio de minas, eh?

El joven.—No: era un negocio de caza. Verás que gran proyecto, si hubiera salido bien! Entre un cura y yo nos propusimos comprar todos los gazapos que hubiese en España, de modo que el que quisiera comprar alguno ó pillarlo en el monte donde estuvieran, tenia que pedirnos permiso ó pagarnos los animalitos

al precio que nosotros quisiéramos. Pero yo no sé qué fatalidad nos perseguía. Gazapo que caía en nuestro poder se echaba á perder enseguida; de modo que entre unas cosas y otras, cada gazapo me ha venido á costar diez ó doce mil reales.

El bigotudo.—¡Ya lo creo!

El joven.—Después pensé en fundar un hospital.

El bigotudo.—¿Para los gazapos?

El joven.—No; para los pobres, pero como ya no se encuentra uno para un remedio...

El bigotudo.—Hablemos de lo importante para vosotros. Comprendo cuál es vuestro estado y me comprometo á ayudaros en cuanto pueda.

La señora de la casa.—No te molestes.

El bigotudo.—¿Te das por ofendida?

La señora de la casa.—Sí; creo que me has faltado.

La esposa del de los bigotes.—Vámonos.

El joven.—¿Os vais? (á su amigo.) Mira, ya habremos de eso los dos, porque yo quisiera volver á emprender mi negocio de los....

La señora de la casa.—(Cállate y no te descubras.) Esta casa es vuestra!

El bigotudo.—Gracias, Desengaño, número 2...

Su mujer.—Adios, señora.

En la calle.

—¡Te lo he dicho mil veces! Siempre has de ponerme en berlina! ¿Para qué ofreces favor á quien no ha de agradecértelo?

—Déjales, que tarde ó temprano vendrán á pedirme auxilio.

—Y qué ajada está Carolina, verdad?

—¡Mucho!

—Vámonos pronto de aquí que esto no me gusta.

—Sí; esto amenaza ruina!

—¡Bonito país!

—¡El porvenir es nuestro!

Un transeunte.—Allá lo veremos.

Eusebio Blasco.

LA COSA MARCHA.

I.

Acusan á la union liberal de que su política es incomprensible; pero ¡cuánto más inescrutables son los designios de la Providencia!

¡Cómo nos encaminamos al bien por revueltas gongorinas!

Ahí tiene Vd. á Francia desviviéndose por aumentar sus preparativos de guerra, por si acaso hiciere falta otro poquito de fumigación á la gloire.

Ahí tiene Vd. á Inglaterra, que para que no se diga que quiere llevar la contraria, da una muestra de cordial *entente* á su aliada, imitando su conducta en parques, astilleros y ensenadas.

Vestidas de gala dos escuadras, salen á contemplar qué tal les sienta el traje en el espejo de los mares.

Pero la inglesa, en vez de hallar reproducida su propia fisonomía en la salada linfa, se encuentra con unos trapos tricolores y unos bultos que no son los suyos.

La francesa padece el mismo chasco.

—¡*Chien d'anglais!* esclama el napoleónico.

—¡*French dog!* gruñe el albionés.

Admirable simpatía: todos son de una misma opinion.

Se acercan, se saludan... y beben juntos.

—Vengan esos cinco... ojalá mañana mismo depusiéramos las armas; desaparezcan las rivalidades, y nazca en su lugar una generosa emulacion.

Salen los periódicos, y cada uno por su parte dice á sus lectores: fíjense Vds. bien en eso: «una generosa emulacion.»

El pobre lector, exhausto de noticias, entretiene á su esposa haciéndole fijarse bien en que la Francia y la Inglaterra han soltado la frase «una generosa emulacion.» La frase da vuelta al mundo.

En los talleres de pertrechos de guerra los opera-

rios se alarman, creyendo que están inmediatamente amenazados de paz universal.

Las autoridades les tranquilizan, diciéndoles que solo los enemigos del orden y de la propiedad tienen interés en propalar la paparrucha de que se vayan á suspender los preparativos de guerra.

Las masas inglesas y francesas se tranquilizan, y la confianza vuelve á renacer.

La cosa marcha.

II.

Austria no está tranquila. Le remuerde la conciencia... Siente un escrúpulo, y es el siguiente:

¿Tiene Prusia razon bastante para ocupar una parte de los Ducados?

Prusia no duerme ni digiere.

Es víctima de una pesadilla continua. Sueña que una noche se muere de mal humor, sin haber bebido cerveza, y que al presentarse al tribunal del Eterno, le pide cuentas el Juez Supremo por haber consentido que Austria ocupase parte de los Ducados.

En un momento mismo se levantan los dos escrupulosos personajes, y se piden recíprocamente los papeles.

Lo toman á insulto, levantan la mano.

Un tercero espera el primer bofetón para echar á correr con lo que pesque.

El mundo político se estremece, se horroriza.

Los dos flemáticos consideran que seria irracional é inhumano llevar al sacrificio á millares de soldados para poner en claro un derecho, cuya verdad mantiene entre oscuras nieblas la Providencia, y resuelven ocupar fraternalmente de comun acuerdo los Ducados.

El hombre de orden respira.

Prusia avisa que se activen los trabajos en los talleres de guerra, toda vez que las esperanzas de paz realizadas lo consienten.

Austria, viendo que no se alterará la paz por ahora, fomenta el trabajo nacional, empezando por los talleres de guerra.

Los dos pueblos vuelven á su estado normal.

La cosa marcha.

III.

Que si se irán, que si no se irán, ello es que por lo que pueda tronar, el Papa, ó el rey de Roma, hace preparativos de guerra.

Los romanos se quejaban por falta de trabajo, y Dios les ha oído.

Misas y fusiles andan en Roma de limosna, que es una bendicion.

El jornalero come su piñata y dice con satisfaccion:

La cosa marcha.

IV.

Toda la prensa de Europa repite diariamente que la decantada entrevista de Isabel II y Napoleon III carece de importancia.

¿Sí? Pues me alegro de que lo confiesen.

La cosa marcha.

Roberto Robert.

MÚSICA CELESTIAL.

Segun he visto en un número de *La Correspondencia*, parece que en *La Africana* de Meyerbeer hay un coro de obispos, que tiene una grande originalidad y una novedad muy grande.

La noticia me ha sorprendido, en parte, no en todo. Comprendo que el coro tendrá originalidad, porque todo lo que á obispos se refiera tiene que ser mas original... que cualquier drama de Tamayo. Lo que me da que pensar es lo de la novedad, porque si ha de ser tal novedad, tiene que encerrar lo mas nuevo que los obispos hayan hecho, y si ha de encerrar lo mas nuevo que han hecho los obispos, hay que probar que Meyerbeer no ha muerto todavía.

Me explicaré mas claramente.

Cuando Meyerbeer murió dejó escrita *La Africana*; y Meyerbeer murió mucho antes de que los obispos españoles cantaran aquel coro que se publicó hace poco en todos los periódicos que se titulan católicos. Por consiguiente, siendo las *protestas episcopales*, la *haute nouveauté* en obispos que todos conocemos, todo lo que digan los obispos de la ópera es ya antiguo para nosotros los españoles.

Voy creyendo que el nuevo empresario del teatro Real no conoce sus intereses.

Al mismo demonio, que debe entender mucho de achaque de obispos, no le hubiera ocurrido estrenar una obra en la que han de salir los obispos á cantar un coro.

En primer lugar, en cuanto el público vea treinta ó cuarenta obispos reunidos, ó suelta la carcajada, ó se muere de un cólico.

En segundo lugar, en cuanto los obispos abran la boca, tienen que desafinar indispensablemente. Presentar á un obispo que no desafine, es muy difícil; luego hágame Vd. el favor de decirme si será fácil presentar á cuarenta ó cincuenta que vayan acordes!

En tercer lugar, ¿tiene el empresario la seguridad completa de que los coristas se querrán vestir de obispos, así como quiera? Yo de mí sé decir, que si cualquiera viniera á mandarme que me pusiera ese uniforme, lo enviaria adonde fué el Padre Claret.

En cuarto lugar, los obispos, ya que canten, suelen cantar de plano, y para cantar de plano, tienen que ponerse boca abajo. ¿Les parece á Vds. si estarán bien dos ó tres docenas de obispos colocados de esa manera?

En quinto lugar, los neos se ofenderán mucho si ven salir á los obispos á la escena. Dirán que eso es una irreverencia; dirán que Meyerbeer es un ateo, y dirán... ¡qué sé yo lo que dirán! Algun disparate como de costumbre.

¡No dejará de ser digno de estudio el cuadro que presentará el teatro por dentro, sobre todo en los intermedios!

Cualquiera que ande entre bastidores, podrá ver á un obispo retozando con una bailarina. A otro sentado en un tambor, fumando un cigarrillo. A otro cogido del brazo de un periodista y citándole para el café Suizo. A otro, cantando unas playeras, apoyado en un bastidor de selva, y á otro queriéndole pegar un navajazo al que toca el fígle porque pretendió quitarle una novia que le pertenecía de derecho. ¡Ah! qué tremendo cuadro! Apartemos la vista con horror y el estómago con asco.

Créame el empresario; si en *La Africana* han de salir por fuerza los obispos, y el coro que cantan ha de tener novedad, y el público ha de oírlo sin enojarse, es preciso cambiar la letra del coro, y hacer una nueva, acomodada á las circunstancias.

Por ejemplo:

Un obispo.—¡Io protesto!

Otro.—¡Io protesto!

Todos.—¡Protestiam, sí, protestiam!

Uno.—¡Maledico gli scrittori!

Otro.—¡Maledico ancor la Union!

Otro.—¡Maledico Taglia-carne!

Otro.—¡Maledico l'anexion!

Otro.—¡Maledico il macarroni!

Otro.—¡Maledico il peleon!

Tutti.—¡Maledetta sia la gente che no come salchichon!

Y en seguida los obispos deben huir precipitadamente, porque la escena se convertirá, no en un campo de Agramante, sino en un campo de patatas.

Eusebio Blasco.

CABOS SUELTOS.

Continuamos ofreciendo á nuestros lectores las bellezas de las cartas de *La Correspondencia*.

Dice uno de los corresponsales.

«El regreso de la corte de Bilbao á Zarauz ha sido una continuacion no interrumpida de las escenas de entusiasmo y de amor que ha ofrecido á los ojos de su reina la invicta villa.»



ABRIL DE 1865

¿Los veis? Los veis que horribles?
Es preciso disolverlos.!



Alfredo Perea

JULIO DE 1865

¡Amigo mio de mi alma!
¡Vd. es un cuerpo benemerito!

¿Conque las escenas han sido ofrecidas á los ojos?
Está bien, está bien.
«La magnífica fábrica de armas para el ejército establecida en Plasencia recibió luego la régia visita.»
¡Hombre! ¡hombre! ¡hombre! ¿Y qué dijo la fábrica?

Cuentan que el cólera decia el otro día á un amigo:
No quiero ir á Madrid por ahora. La corte está en las provincias, los elegantes y la aristocracia en San Juan de Luz, los Conchas en Biarritz, y otras familias en Francia; por consiguiente, mi viaje á Madrid sería inútil.

Hé aquí otro diálogo relativo al cólera.
Decia un señor muy grave:
—El cólera hace estragos: ayer ha matado á 93!
—No importa, le dije, 93 resucitará.

Con los nombres de ciertos políticos se podían hacer grandes semblanzas.

Ulloa ha hecho la mitad de su carrera por llamarse Augusto, y la otra mitad por parecerlo.

Posada es un hombre en el cual todos los periodistas han hecho noche.

Tejado puede decir que todo el mundo le tira piedras.

Concha, es la de un apunte.

En cuanto á O'Donnell, casi no significa nada.

Doscientas cincuenta mil firmas ha reunido *El Pensamiento Español* para la protesta que ha hecho en favor del Papa.

Desearía yo saber las que reuniría si se tratara de garantizarle un pagaré.

Corre muy válida la voz de que el general Narvaez vuelve á la corte.

Un curioso.—Vamos; será que le han llamado de aquí.

Un andaluz.—No; es que lo han despedido de allá.

La mayor parte de los periódicos vienen indignados contra Luis Napoleon por las palabras que ha pronunciado al contestar al discurso del nuevo embajador Sr. Bermudez de Castro.

Nosotros creemos que lo que Napoleon ha hecho es muy natural: ha recibido una *embajada*, y ha contestado con otra.

Cuando á Vds. les van á contar una cosa que ya saben, ó que no creen, su primera exclamación es seguramente: ¡vaya una embajada!

Pues eso mismo es lo que ha dicho Napoleon. Y eso mismo es lo que yo dije al tener noticia del nombramiento.

Rogamos á nuestros lectores que lean sin soltar la carcajada, los siguientes renglones de un periódico de Bilbao.

«Durante los dos días y tres noches que han residido en Bilbao SS. MM. y AA. no ha habido que conducir ningun cadáver al campo santo, siendo así que la mortandad en esta población por término medio es de dos y media personas por día. Igual observación se hizo en Bilbao durante los ocho días que residieron aquí D. Fernando VII y su augusta esposa Doña Amalia.»

¿Serán alegres los bilbaínos que hasta renuncian generosamente á morirle lo menos dos y medio días, como es su deber, con tal de andar en fiestas y regocijos?

Por supuesto que una vez conocida la receta, no sabemos cómo hay quien se muera en este país.

Se anuncia la publicación de un folleto que se titulará *Basta de farsa*.

Indudablemente será de oposición, pues si fuera ministerial se titularía: *Sobra de farsa*. Lo malo es que los dos títulos son verdad.

Parece que en Bilbao se ha representado á lo vivo aquella comedia de Asquerino, que se titula *El Gabán del Rey*.

Efectivamente; el rey ha perdido su gabán. A última hora se asegura que lo ha encontrado.

También el general O'Donnell ha perdido algo.
¡Bienaventurados los que no tienen nada que perder!

Por fin se ha resuelto el problema.
Ya no es el regente de *El Reino*, ni el de *La Nación* ni el de *La Patria* el que hace falta.
Es el regente de *La Corona*.

El obispo de Nimes ha publicado una pastoral contra las corridas de toros.

Todo lo que sea *pastoral*, parece que debe ser conveniente al ganado; pero á pesar de eso creo que el señor obispo se ha escedido á sí mismo.

Estos obispos son terribles; el mejor día van á prohibir que sus hermanos en Cristo salgan á la plaza.

En adelante los programas de las funciones tauromáquicas se harán en esta forma:

Se lidiarán seis toros de la ganadería de *** con divisa azul y blanca, y excomulgados por el obispo de la diócesis.

Se asegura que han llegado á poder de los redactores de *El Pensamiento Español* diez mil escudos procedentes de la recaudación abierta á favor del Papa.

¿No les parece á Vds. una lástima que se derroche así el dinero?

Un cura muy ladino
se ha negado á votar por D. Gabino;
porque dice, y le sobra la razón,
que no quiere ultrajar la religión.
La religión, entendiéndola los neos,
no ha de tener intérpretes tan feos.

Proverbios en acción.

Compañía de dos, compañía de Dios.
Refran que enseña que Santisteban y Pedrosa son en Madrid los socios gerentes de la Providencia.

Lo que se usa, no tiene excusa.
Refran que enseña que son indispensables los calceines y los ataques á los neo-católicos.

El que primero llega, ese se la calza.
Refran que enseña que Don Leopoldo O'Donnell es un pez muy largo.

El can que mucho lame, saca sangre.
Refran que enseña que *El Eco del País* ha herido á *La Union* en las pantorrillas.

En casa del bueno, el ruin cabe al fuego.
Refran que enseña que en el palacio de Don Balduino puede entrar á calentarse cualquier hombre político.

En casa del mezquino mas manda la mujer que el marido.
Refran que enseña á conocer á Doña Manuela.

El buey bravo, en tierra ajena se hace manso.
Hágame Vd. el favor de llevarse á D. Ramon á Filipinas.

En arca abierta, el justo peca.
¡Ay, señores ministros de la Hacienda!

El Padre Aguayo ha escrito ya en *La Discusion*.
¡Ea, fuera miedo! ¡Atrévase Vd. de una vez y escriba unos cabos sueltos!

Segun *La Esperanza*, Dios no es solamente el Dios de la misericordia, sino que es también el de las venganzas.

Le voy á suplicar encarecidamente que me venga de los disgustos que *La Esperanza* me tiene dados.

A pesar de los repetidos anuncios que fijaban para el 1.º de setiembre la época de su aparición, todavía se ignora si saldrá ó no *La Dinastía*.

Parece que hay mucha gente interesada en que no salga; pero la mayor parte se inclina á creer que saldrá.

En Zarauz se ha echado una *redada*, en la que apenas se ha cojido un pez.

Y ¿á quién se le ocurre echar las redes al mar, cuando los peces están en tierra?

MENESTRA.

Corté *Lirios del olvido*
en el vergel zarzuelero,
y no estoy arrepentido;
tanto y tan bien me han servido,
que he olvidado... *El Jardinero*.

Empieza á introducirse en el extranjero la costumbre de montar á caballo las señoras á horcajadas y con pantalones de hombre.

Me alegro; con ginetes así saldría yo á cualquiera parte, aunque fuera al Campo de Guardias.

En los círculos artísticos de Madrid ha corrido la voz de que el Sr. Bagier quiere traer á la Zarzuela una gran compañía de ópera para hacer la guerra al nuevo empresario del teatro Real.

Creemos que los que tal dicen de Mr. Bagier le calumnian: El Sr. Bagier no hace la guerra á nadie... mas que al público.

Segun un anuncio de *La Correspondencia*, el empresario del teatro Real está aguardando para activar las obras que hace en el mismo, la llegada de los artistas, que son los que traen las *baldosas*.

Esto les dará acaso *fuerza*; pero tememos que les quite la *agilidad*.

Quinientos duros diarios ha señalado á su mujer, para alfileres, el emperador de Méjico.

Quizá viva muy feliz,
mas no la envidieis, mujeres;
siempre es una emperatriz
prendida con alfileres.

Los señores Hurtado y Nuñez de Arce han concluido una obra dramática, que se titula, segun noticias, *Herir en la sombra*.

El título parece de una comedia de costumbres... vicalvaristas.

El teatro del Circo piensa inaugurar su temporada con una obra del teatro antiguo.

Yo creo que la mejor obra que podía hacerse en este teatro es derribarlo.

Ya ha llegado á Madrid el empresario del teatro Real, Sr. Caballero.

Parece que al llegar, lo primero que ha hecho es escribir en su hoja de servicios, y debajo del renglón en que dice: *Campaña de Africa*, otra donde se lee: *Campaña de la Africana*.

Por todo lo no firmado,
EUSEBIO BLASCO.

EDITOR RESPONSABLE, J. ANTONIO GARCIA.

Imprenta del mismo, Almirante, 7, bajo.

MADRID.—1865.